

Tras la muerte de Jesús Díaz*

UNA VEZ, EN BERLÍN, ME INVITÓ A COMER Y SALIMOS EN busca de un restaurante que recordaba. Fuimos en metro, cambiamos de línea, tuvimos que cambiar otra vez, casi habíamos atravesado ya la ciudad ¡hasta que llegamos al restaurante de una cadena de supermercados! Para él lo importante era alejarse lo más posible del lugar en que provisionalmente se sentía en casa. Cuando por fin estábamos sentados, me dijo: «Sabes, los cubanos en el exilio somos todos locos porque la nostalgia nos martiriza el alma.»

Jesús Díaz nació en 1941 en La Habana y creció en un barrio pobre y mayoritariamente negro. Allí radica su afinidad a la cultura negra cubana, expresada con intensidad en toda su obra literaria. De muy joven se une a la rebelión contra la dictadura de Batista y fue un defensor ardiente de la revolución cubana. Los años que antecedieron el triunfo de la revolución y los inmediatamente posteriores constituyen el tema de su primer libro de relatos *Los años duros*, que ganó en 1966 el premio Casa de las Américas. Con apenas treinta años fue nombrado profesor de filosofía de la Universidad de La Habana. Fueron estos los últimos años de apertura revolucionaria; Díaz fundó la revista teórica *Pensamiento Crítico*, que durante un año publicó artículos de lo más admirables sobre temas como Mayo del 1968 en París y el movimiento Black Power en los Estados Unidos. Según Díaz, el objetivo era «publicar lo más creativo y actual del pensamiento revolucionario». Pero entonces empezó —después del fracaso de la Gran Zafra— la sovietaización de la revolución cubana. Empezó el Quinquenio Gris, la petrificación. Una de las primeras medidas exigidas por los soviéticos fue la clausura de *Pensamiento Crítico*.

Mucho tiempo después, Jesús Díaz escribiría al entonces ministro de cultura Armando Hart quien le reprochaba «resentimientos» y «comportamiento rencoroso» que

* Artículo publicado en el *WochenZeitung*, Suiza, el 8 de mayo 2002.

quería recordarle que *Pensamiento Crítico*, una de las más importantes revistas de reflexión en la historia cubana, fue suspendida de manera arbitraria, que el Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana fue disuelto, que el edificio del instituto se derrumbó y se transformó en un campo de escombros. Esto fue lo que Jesús Díaz no pudo olvidar ni esconder. Pero tampoco le sirvió para darse por vencido.

Jesús Díaz escribe su primera novela *Las iniciales de la tierra*, una visión muy sincera, y por ese motivo crítica, de la revolución cubana. La primera versión del libro fue terminada en 1973 pero debieron pasar muchos años hasta que pudiera publicarse, cosa que, al acontecer, tuvo un efecto semejante al de una bomba. El tiempo entre la escritura y la publicación, Jesús Díaz lo dedicó al arte cinematográfico. Trabajó en el ICAIC —donde durante el Quinquenio Gris se refugiaron muchos intelectuales— y esta actividad le permitió viajar al extranjero: rodó películas documentales en la Unión Soviética, en África y en Nicaragua. También escribió guiones de ficción, por ejemplo *Alicia en el pueblo de Maravillas*, que causó un gran revuelo político.

En 1987, al publicarse finalmente *Las iniciales de la tierra*, el libro fue celebrado en la misma Cuba como hito literario de los años posrevolucionarios. Trata de las memorias de un joven en el momento en que debe rendir cuentas de sus actividades revolucionarias ante una comisión del Partido Comunista. De esta manera se presentan las diversas estaciones de la revolución: desde la batalla en la Bahía de Cochinos, los trabajos de los estudiantes en la agricultura, los debates sobre la lectura escolar adecuada para revolucionarios, hasta la Gran Zafra ideada como un eficaz avance económico, pero que condujo a la total dependencia de la URSS. La novela examina la revolución cubana hasta 1970 con todas sus deficiencias, errores, dogmatismos y decisiones arbitrarias, pero también con su vitalidad, su atmósfera de creatividad, el Todo-es-posible y su solidaridad. Por primera vez se conoce aquí el gran talento humorístico y satírico que —aunque característico del autor— en esta novela emociona más porque se siente que incluye la autocrítica de los propios extravíos dogmáticos. Parecía prometedor el hecho de que al final de los años 80 incluso la burocracia literaria oficial acogió el libro de una manera muy positiva. Unos años más tarde, cuando Díaz ya había sido anatematizado por el ministro de cultura y denunciado como traidor, a algunos «críticos» cubanos no les daba vergüenza declarar que este autor siempre había sido sobrestimado y que nada de lo que había creado era de valor duradero.

LOS ACONTECIMIENTOS DE ZURICH

Conocí a Jesús Díaz en enero de 1992, cuando Michael Stötzel y yo le hicimos una entrevista en Berlín para la *WochenZeitung* (N° 5/92). Una beca del Programa Alemán de Intercambio Académico (DAAD) le permitía trabajar allí en su nueva novela (*Las palabras perdidas*). Le habíamos invitado, por iniciativa de Erich Hackl, a inaugurar junto a Eduardo Galeano la serie de actividades «Hermoso y nuevo orden del mundo», que tuvo lugar de febrero a mayo de 1992 en La Fábrica Roja. El acto inaugural del 2 de febrero fue memorable.

Y, como Jesús mismo no se cansó de repetir, cambió su vida fundamentalmente. Nunca antes había hecho declaraciones tan críticas sobre el gobierno de Cuba como para arriesgar una ruptura. Poco tiempo antes, en una entrevista con *Der Spiegel*, había respondido de manera poco amable a preguntas que le categorizaban como disidente. El quiso romper su silencio entre sus iguales, en un contexto de izquierda.

El día del acto de la inauguración Jesús vino con una mejilla hinchada. Tuvimos que acudir a urgencias de una clínica odontológica. A mi pregunta de cómo se sentía al salir después de más de una hora de tratamiento, me respondió: «¡Buen trabajo!» Pudimos empezar. Esa noche Díaz rompió con decisión los límites de lo que se toleraba en La Habana. Habló del alejamiento del gobierno cubano de la revolución, de la vuelta hacia el caudillismo latinoamericano, de que era criminal la consigna «socialismo o muerte» decretada por Fidel Castro, y de que una izquierda que apoyaba esto era irresponsable. Criticó la política cultural por destruir la riqueza y la diversidad cultural de la isla, y lamentó el alejamiento de la realidad de la nomenclatura y sus decisiones arbitrarias. Concluyó con las palabras: «Yo amaba tanto a esta gran revolución que aceptaba su silencio como si fuese inevitablemente necesario. Creo haberme equivocado. Sin embargo la decisión siempre era trágica porque al final había la prisión o Miami. A pesar de todo he decidido hablar, lo he hecho hoy aquí y he tratado de no equivocarme. Pero al parecer me estoy equivocando de nuevo.»

Ya él sabía lo que iba a venir, porque conocía el aparato de la infamia que está a disposición en estos casos. Todo empezó unas semanas más tarde con una carta escrita a «Jesús Díaz, Europa» por el entonces ministro cubano de cultura Armando Hart, una carta que sólo circuló entre los miembros del Gobierno y del Partido en Cuba y que llegó a su destinatario muy tarde y por vías no-oficiales. El ministro lamentaba que «las leyes no establecen la pena de muerte por tu infamia; pero la moral y la ética de la cultura cubana te castigarán más duramente. Hubieras podido colocar tu nombre dentro de lo más grande y noble de la cultura del país, pero perteneces a la categoría de apóstata. Te has vendido, Jesús, por un plato de lentejas. Deberías llamarte Judas.»

Este pedazo de auténtica prosa revolucionaria tuvo como efecto, entre otras cosas, que una parte del movimiento europeo de solidaridad entendió en este entonces (¡y sólo entonces!) que Jesús Díaz pertenecía a la categoría de traidor. Para la vida del fallecido esto no fue de mayor importancia. Lo que más le dolió fue la quiebra de viejas amistades a raíz de la acusación de traidor y la perspectiva de no poder volver a Cuba durante muchísimo tiempo. Planeaba usar los acontecimientos de Zurich y sus consecuencias en una obra literaria. Hace años me pidió un mapa de la ciudad con señales en las diferentes estaciones (La Fábrica Roja, la sede del *WochenZeitung*, la clínica odontológica, la librería El Cóndor, etc.).

En 1992 se publicó la novela *Las palabras perdidas* (en alemán en 1993) que muchos consideran su mejor obra. Es la historia de un joven cuarteto de poetas que intenta con creatividad y exigencias ilimitadas agitar la revolución muy

inerte según ellos. Desde luego, fallarán. A esta novela le siguieron otras cuatro, la última traducida al alemán es *Dime algo sobre Cuba*, la historia tragicómica de un dentista que llega involuntariamente al exilio, regresa y sólo entonces se da cuenta de que en realidad quiere dejar la isla.

Hace tres meses, en Madrid, Jesús Díaz presentó su ahora última novela, *Las cuatro fugas de Manuel*. El libro cuenta la increíble odisea de un joven cubano por la Europa poscomunista. Es la historia verdadera del muchacho que, después de lograr escaparse, fue acogido por Díaz y su familia como hijo adoptivo.

ENCUENTROS

A mediados de los años 80 Jesús Díaz trasladó su domicilio provisorio a Madrid. Se había propuesto, a partir de su situación desesperada, hacer algo constructivo tanto para sí mismo como para otros. Lo consiguió en 1996 con la fundación de la revista *Encuentro de la cultura cubana*.

Con ello logró un gran impacto y no hay más que augurar que perdure después de su muerte. La revista es una plataforma de la creación cultural en la isla y en el exilio, un *forum* para el debate político sobre el futuro del país. «La revista cubana más vilipendiada —en público— y más leída —en privado— dentro de los confines de la isla», como dice Luis Manuel García, colaborador de Jesús Díaz. Además, desde diciembre de 2000 la Asociación Encuentro de la Cultura Cubana edita el periódico digital www.cubaencuentro.com.

A Jesús Díaz no le amaban ni los empedernidos anticastristas (que no se fiaban de él), ni los glorificadores de la revolución (para ellos era un traidor). Esto le confirió credibilidad entre los representantes sensatos de ambos lados de la zanja. Y él aumentó su credibilidad mostrándose siempre abierto a críticas y discusiones. Aunque es preciso admitir que muchos temían la discusión porque muy pocos se podían medir con él en un combate verbal.

Evidentemente, algunos lo vieron amargado y varios artículos suyos sobre sucesos actuales escritos en una retórica apocalíptica podrían reforzar esta impresión, así como las muchas desilusiones existenciales que tuvo que vivir. Sin embargo, sus obras literarias demuestran lo opuesto: están marcadas de humor y melancolía, jamás de amargura. ¡Sólo hay que leer una, cualquiera de ellas! Nosotros lo conocimos como persona a quien le gustaba sobre todo reír, que memorizaba montones de historias, anécdotas (chistes también) y sabía presentarlas con éxito. Y me acuerdo de sus profundas carcajadas que sin falta arrastraban hasta al último desgraciado...

Todo esto y otras cosas que se podrían contar y que ya no caben aquí quedan profundamente grabadas en la memoria. Con este Jesús se fue un enorme trozo de un mundo en el que los sin patria de todas las regiones podían sentirse un poco en casa.